

pareja: en la mayor parte de los casos se implicaban individuos que cuando no eran vecinos de los mismos pueblos, éstos no estaban alejados entre sí más de diez kilómetros. Los legados de caridad también eran una muestra de los estrechos lazos que les unían a la comunidad. Las cantidades legadas suponían un elevado porcentaje del total definido en las declaraciones testamentarias; la mayor parte de ellos, incluso los que fueron encomendados por quienes habían emigrado a Indias, eran donaciones a la iglesia local⁶.

En muchas regiones de la península ibérica durante el siglo XVI la mayoría de la población no estuvo sujeta directamente a la jurisdicción real en términos tributarios, legislativos o jurídicos, lo cual favoreció el enraizamiento del sentimiento de identidad comunal frente al de «nacionalidad». Tal y como ocurría en el resto de las regiones mediterráneas, la cultura popular en España se fue perfilando en gran medida a partir de las actividades realizadas al aire libre en lugares de carácter socio-comunal tales como tabernas, mercados, iglesias, ferias y plazas. Como consecuencia la vida en la aldea tenía en general un carácter bastante público, y las relaciones sociales en su interior eran conocidas por todos sus habitantes. Dichas relaciones se correspondían con la capacidad de la comunidad para mantener el orden entre sus miembros basado en un sistema de valores en el que sobresalían la honra y la vergüenza. El pueblo regulaba su propio comportamiento a través de rituales populares como la *cencerrada* o mediante la celebración de ciertas fiestas en las que se leían en público las actividades que los miembros de la comunidad habían realizado a lo largo del año con el objeto de ser ensalzadas o condenadas.

El énfasis en la peculiarización local no implica la inexistencia de un acervo cultural común a todo el mundo hispano. Las diferencias pueden ser consideradas como variaciones regionales sobre un mismo tema. Y dentro de dicha temática el cristianismo era protagónico: incluso aunque cada comunidad tuviera sus propios santos patronos o advocaciones marianas, todas ellas celebraban las mismas fiestas y santos principales, y todas ellas seguían el mismo ritmo de calendario litúrgico. Ocurría lo mismo en relación a la mayor parte de las canciones, cuentos populares e incluso proverbios, pues se puede decir que, independiente de su localización geográfica en la península, compartían una misma estructura y estaban sustentados en un acervo común de fraseología, temática e imaginería. Las diferencias

⁶ Muchos de los ensayos de la colección *Andalucía y América en el siglo XVI* (2 vols., Sevilla, 1983) y *Andalucía y América en el siglo XVII* (2 vols., Sevilla, 1985) dan ejemplos de los legados de los emigrantes a sus pueblos nativos.

existentes entre los mismos se derivaban de los detalles introducidos de acuerdo a lo que la región y la audiencia en cuestión requerían. Otras formas de esparcimiento e iniciativa populares también tenían temas comunes: peregrinaciones en grupo, fiestas organizadas para celebrar el fin de la cosecha, las corridas de toros, representaciones teatrales, bailes, celebraciones de matrimonios Reales o de victorias en el campo de batalla, todas ellas presentaban detalles que las diferenciaban y que escondían un núcleo central que era compartido. Ni la familia ni la comunidad estuvieron condicionadas por la incomunicación. Existía un grupo marcado por la movilidad de sus integrantes, cuyas actividades les permitía, consciente o inconscientemente, promover la comunicación y las redes de solidaridad más allá de los límites regionales. Soldados, grupos de cómicos ambulantes, buhoneros, curanderos (*saludadores*), pastores, clero y profesorado itinerante, trabajadores emigrantes en busca de un empleo estacional: todos ellos ayudaban a expandir noticias, ideas, información e influencia cultural más allá de los límites locales y regionales.

Aunque Carlos V ha sido identificado como símbolo del imperio que administraba, mucha de la popularidad que tenía entre sus súbditos resultó del hecho de que reconociera la importancia de las identidades regionales. Por término medio, uno de cada cuatro días de su reinado lo pasó viajando, intentando por todos los medios tener el máximo contacto posible con los diferentes representantes regionales. Fue uno de los últimos gobernantes europeos en mantener tal estrategia política: durante los siglos XVI y XVII se persiguió la centralización y unificación. Los esfuerzos de los reformadores tridentinos no fueron sino un primer paso en la misma dirección que en este caso llevaba hacia la estandarización cultural, que incluía un creciente interés en la alfabetización, la cultura impresa y la castellanización del imperio en términos tanto lingüísticos como políticos. El reinado de un monarca es utilizado con frecuencia por el historiador para establecer y definir periodos históricos. Desde tal perspectiva, el de Carlos V podría ser catalogado como el momento de mayor esplendor imperial en el que el poder y orgullo español llegaron a su culmen. No obstante, la mayor parte de sus súbditos compartían otra perspectiva; para ellos, en cuestión de lealtades, la familia y el pueblo eran prioritarios, y sus principales preocupaciones se centraban en la autodefensa contra el hambre, la enfermedad y lo desconocido. Los contactos entre cultura popular y Estado se incrementaron en las siguientes centurias. No obstante, las tradiciones populares han demostrado una gran fortaleza, perviviendo en el tiempo: su influencia modela la historia de las naciones más que un gobernante de manera individual, incluso uno tan imperial como Carlos V.